

La fuerza de los fuertes (a partir de un cuento de Jack London)

*The strength of the strong
(from a Jack London story)*

Raúl Gustavo Ferreyra¹ y Ricardo Rabinovich-Berkman²
Universidad de Buenos Aires - Argentina

Revista Derechos en Acción ISSN 2525-1678/ e-ISSN 2525-1686

Año 5/Nº 15, Otoño 2020 (21 marzo a 21 junio), 365-373

DOI: <https://doi.org/10.24215/25251678e404>

I. ¿Por qué Jack London?

Hace algo más de cien años, Jack London publicó un libro de cuentos titulado *La fuerza de los fuertes* (*The strength of the strong*, New York, Macmillan, 1914). Allí incluyó la maravillosa narración homónima. Nos ha parecido interesante tomarla en estos momentos que atraviesa la humanidad. El autor en sí presenta, además, un particular atractivo en tales circunstancias. Veamos por qué.

Jack London fue el seudónimo de un norteamericano que vivió su breve existencia de cuatro décadas a caballo entre finales del siglo XIX y principios del XX. Posible hijo extramatrimonial de una intelectual luchadora, llevó desde muy joven una vida aventurera. Fue marinero, pirata de ostras y buscador de oro, entre otras cosas. Esas andanzas, esenciales para su producción literaria, contribuyeron a minar su salud y anticiparle la muerte³.

¹ Doctor en Derecho, Universidad de Buenos Aires (ORCID 0000-0001-5089-8136).

² Doctor en Derecho, Universidad de Buenos Aires.

³ KERSHAW, Alex, *Jack London*, New York, St. Martin, 1999, *passim*.

London nunca pudo terminar sus estudios universitarios. Sin embargo, a pesar de unos traumáticos comienzos como escritor, consiguió algo que pocos en su época (y en otras) han logrado: vivir de sus obras. Eran éstas fundamentalmente novelas y cuentos, aunque también produjo ensayos, notas periodísticas, poemas y obras teatrales. Su éxito económico llegó a ser extraordinario y lo llevó a ser propietario de una importante hacienda en California y vivir de manera desahogada, con largos viajes al exterior⁴.

El contacto de London con la clase trabajadora y los sectores pobres de la sociedad norteamericana, así como sus experiencias como corresponsal en la Guerra ruso-japonesa lo fueron aproximando al socialismo. Abogó por la sindicalización de los trabajadores, por la desmilitarización de los países y por la mejora de las condiciones laborales de los obreros. Hay evidencias, sin embargo, de que en sus últimos años el volverse terrateniente puso en jaque sus ideas socialistas.

Como muchos de los intelectuales de su época, quizás la amplia mayoría, London era un fervoroso partidario de la eugenesia. Creía en los postulados darwinianos de Francis Galton, que tanto influyeron en Cesare Lombroso. Se identificaba con la perspectiva de Estados celosamente controladores de la salud pública y fomentadores de la mejora de la especie. Sostenía la esterilización de los delincuentes y de los enfermos mentales. Es muy probable que en su primer matrimonio, del que nacieron sus dos hijas, primaran por ambas partes criterios eugenésicos por sobre los afectivos.

Las concepciones eugenésicas solían conllevar connotación racista, algo que ha empañado la memoria de London. No existen evidencias concretas, sin embargo, de un pensamiento

⁴ Son notables los elementos paralelos que muestra la vida de London con la de su compatriota Edgar Rice Burroughs, nacido cuatro meses antes que él. Ambos cultivaron la ficción científica, florecieron en el ambiente californiano (Rice Burroughs había emigrado), ganaron fortunas con sus escritos y compraron "ranchos". Además, compartían en varios aspectos ideas de base y una preocupación por la antropología genética positivista.

discriminatorio (a diferencia de Edgar Rice Burroughs). Sus escritos y sus actitudes muestran más bien un repudio a las posturas supremacistas. Pero sí, como en muchos otros intelectuales contemporáneos, se nota una visión racial de los grupos humanos, atribuyendo características determinadas a las diferentes “razas”.

Tanto el socialismo como la eugenesia –y, como era de esperarse, el positivismo de cuño darwiniano– quedaron plasmados en muchas de las obras de London. Algunas de ellas son nítidamente autobiográficas. Otras construyen narraciones ficticias pero localizadas en el mundo real, a menudo en escenarios que él había conocido en sus viajes. Con el tiempo se hizo presente un tercer género, en el que se mostró magistral: la ficción científica, tan cultivada en aquellas décadas por literatos angloparlantes, que le confirieron un giro de crítica socio-político-jurídica (especialmente en la novela y el cuento de anticipación), casi ausente en los otros contextos (característicamente el francés).

Puede irse entendiendo, entonces, el porqué de la elección, en estos momentos por los que la atraviesa humanidad, de Jack London.

II. China, las pestes y el fin de la humanidad

En *La fuerza de los fuertes*, además del cuento homónimo que hemos tomado como eje, aparece una narración que hoy puede generar especial asombro. Se trata de “La invasión insuperada” (*The unparalleled invasion*), del género de ficción científica de anticipación. London la concibe a modo de texto histórico escrito en un futuro lejano. Éste es un recurso bastante empleado por autores del género pues ofrece posibilidades extraordinarias. Suele conocerse como “historia futura”⁵. A nuestro autor le venía muy bien, porque le gustaba el narrador en tiempo pasado, fuera o no un personaje.

⁵ Quizás el ejemplo más célebre y perfecto sea *El cuento de la criada*, de la canadiense Margaret Atwood (1985).

La invasión insuperada se presenta como extracto de un libro de historia⁶. Narra cómo Japón, transformada en potencia occidental tras su triunfo en la guerra de 1904 contra Rusia (que London cubrió como corresponsal), moderniza a su vez al Imperio chino. Pero la apabullante capacidad de crecimiento demográfico de China la lleva, una vez occidentalizada, a una expansión imparable, que la convierte en dueña del Asia, presionando en las fronteras orientales de Europa. El primer ministro chino reconoce abiertamente que su país, con el correr del tiempo, ocupará el mundo entero sin necesidad de ejército, por el simple incremento de su población.

Fracasan todas las tentativas militares de derrotar a China. Un enorme ejército francés entra en el país y desaparece. El Imperio no se inmuta cuando las flotas extranjeras bombardean sus costas (no existía aún una fuerza aérea). Entonces un oscuro científico estadounidense propone sitiar con todas las fuerzas del resto del mundo al gigante asiático y, desde dirigibles (“naves aéreas”), lanzar millares de frasquitos de vidrio frágil con virus de diversas enfermedades graves contagiosas.

El resultado es devastador. Pronto, la casi totalidad de la población china fallece a consecuencia de las epidemias. Los pocos sobrevivientes que quedan son asesinados por las tropas que, esperado un período prudencial, entran al país. Lo que las más sofisticadas armas convencionales no habían conseguido en décadas es concretado por unos virus en semanas. China ya no existe.

Las potencias vencedoras se reparten los territorios del extinto imperio y se disponen a disfrutar de un mundo definitivamente libre de chinos. Con el correr del tiempo, sin embargo, se alzan tensiones entre ellas. Fundamentalmente, renace la vieja querrela franco-alemana por Alsacia y Lorena. Temerosos los países de los efectos letales que podría traer una guerra mundial biológica, se reúnen en 1987 en Copenhague y “se

⁶ V. https://en.wikisource.org/wiki/The_Strength_of_the_Strong/The_Unparalleled_Invasion.

comprometen solemnemente a no usar nunca entre ellas los métodos de guerra de laboratorio que habían empleado en la invasión de China”⁷.

Mientras escribía estos cuentos, London redactaba una novela del mismo género: “La plaga escarlata” (*The scarlet plague*)⁸. El argumento se hilvana como la narración de un personaje que recuerda el pasado para sus tres nietos, de modo muy semejante a Barba Larga, el protagonista de “La fuerza de los fuertes”. Con la diferencia de que, mientras este último cuento está situado en un escenario no identificado, aparentemente prehistórico, el otro se ubica en la California del año 2073.

Probablemente inspirado por el cuento de su compatriota Edgar Allan Poe, “La máscara de la muerte roja” (*The masque of the red death*), de 1842, y quizás también por la novela *El último hombre* (*The last man*), de la inglesa Mary Shelley (1826), London imagina una plaga invencible que mata a la mayor parte de la humanidad. Los escasos sobrevivientes regresan a un estado tribal primitivo y sus descendientes evidencian una disminución intelectual importante. De hecho, se parecen bastante a los cavernícolas prehistóricos de “La fuerza de los fuertes”⁹.

Ambas narraciones, contemporáneas del cuento al que nos dedicaremos luego, muestran tres aspectos característicos de la literatura de London: el trasfondo socialista, la visión de la humanidad dividida en razas con atributos específicos y el positivismo darwiniano. Este último se vincula probablemente con la propensión a destacar aspectos biológicos (los virus lanzados sobre China, la pandemia imparable, etc.) y con la presencia

⁷ Traducción nuestra. La idea de la guerra biológica y del terrorismo biológico ya habían aparecido en el cuento “El bacilo robado” (*The stolen bacillus*), de George W. Wells, publicada en 1895.

⁸ New York, Macmillan, 1915 (había sido escrita en 1910 y había aparecido en 1912 en *London Magazine*).

⁹ No deja de ser preocupante que tanto Shelley como London imaginan el arribo de las plagas invencibles, que exterminarán a la humanidad o la dejarán muy disminuida, en escenarios cercanos a nuestra época actual.

de consideraciones eugenésicas. Los tres, conjugados, estarían relacionados con una perspectiva antropológica evolucionista-genética y la concomitante fuerte –aunque crítica– aparición del concepto de progreso.

“La fuerza de los fuertes”, “La invasión insuperada” y “La plaga escarlata” comparten uno de sus principales temas, que se presenta también en otras obras de London: la enorme dificultad inherente a la convivencia humana. Tanto hacia dentro de cada grupo (como coexistencia de individuos o de familias) como hacia el exterior (en tanto coexistencia de grupos). La problemática de la organización social, de la distribución económica y de la normativa jurídica eran tópicos que, a todas luces, quemaban en la fecunda mente del autor estadounidense. A menudo, sus narrativas terminan arrojando conclusiones pesimistas. Casi siempre, involucran preguntas sin respuesta.

Como las que hoy se nos presentan.

III. La fuerza de los fuertes

En “La fuerza de los fuertes”, el viejo Barba Larga relata a sus tres nietitos, en tiempo inmemorial, las dificultades que atravesaban las individualidades sesgadas al no estar en comunidad, razón por la cual no “sabían cómo apoyarse mutuamente y hacerse fuertes”. Cada individuo luchaba por sí mismo, no conocía la organización y, por tanto, tampoco el “secreto de la fuerza”.

En el siglo XXI toda comunidad se constituye por intermedio de una Ley fundamental. Quizá se confirme la afirmación: “Donde hay sociedad, hay Derecho”; en ese mismo espacio y en esa misma temporalidad habrá personas encargadas de crear las normas y otras personas encargadas de realizarlas, incluso su cambio.

La peste abarca casi el todo el mundo. Al hundir nuestras miradas, además, se comprueba que pronto sucederá: todo el mundo quedará apestado.

Para enfrentar la pandemia del virus se utilizan diversos modelos. Curiosamente, en todos ellos, la discusión pareciera ser la misma: el juego de los derechos a la salud y la dinámica de la economía. Así, hay modelos que deciden privilegiar la salud por “encima” de la economía y modelos que deciden privilegiar el movimiento de la economía por encima del derecho a la salud.

A mediano plazo, gran parte de los habitantes del mundo sufrirá el malestar de la peste. Una tesis indisputable. La “mutualidad” para hacerse fuertes, anunciada por London, configura la aproximación más rotunda a la “solidaridad”. La solidaridad, que los humanos del cuento de London construyen con un duro aprendizaje y luego pierden al calor del ansia de poder y de riqueza, es una pieza capital del constitucionalismo. La solidaridad individualiza el sendero al determinar que ningún ser humano podrá obrar solo, que requiere de las demás personas.

En la Argentina, la palabra no se encuentra textualmente en la Constitución. En su Preámbulo vigente desde 1853 se anudan las seis directivas. El arraigo y justificación del Estado. Así, “constituir la unión nacional”, “afianzar la justicia”, “consolidar la paz interior”, “proveer a la defensa común”, “promover el bienestar general” y “asegurar los beneficios de la libertad” son rematadas por una fórmula mutual y fraterna: “para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino: invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia: ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución, para la Nación Argentina”. Una concepción mínima de solidaridad. Con seguridad nunca superior al mero asistencialismo vertical.

Sin dudas, además, los derechos fundamentales políticos y sociales (en especial), cuyo reconocimiento se realiza en la Constitución federal, implican la existencia de la otredad. Se hace complejo, acaso imposible, pensar una comunidad de personas, iguales ante el Derecho, que carezcan de esa fraternidad para el ejercicio de los derechos sociales y los derechos políticos.

Como el viejo Barba Larga, podemos narrar nuestras versiones del pasado, pero desconocemos el futuro. No sabemos qué sucederá después de la pandemia. Ignoramos si el modelo capitalista, con sus versiones vernáculas y más salvajes, persistirá o perecerá.

El virus, como decimos más arriba, arroja diferentes respuestas. Hay modelos asiáticos que, para combatir, controlar, reducir o mitigar la pandemia, fundados en el Big Data, son inconciliables, por ejemplo, con el estatuto de la libertad garantizado por la Constitución argentina y todas las Leyes fundamentales de América Latina. En “La invasión insuperada”, London dedica varias reflexiones a la diferencia cultural insoslayable entre aquellas culturas, muy respetables por cierto, y las de raíz europeo-americana.

Hasta ahora, en Argentina y en muchos otros países, se han limitado los derechos fundamentales. Una situación transitoria que debe ser escrutada con rigor todos los días para despejar, devaluar y exorcizar cualquier tentación autoritaria. En el relato que el viejo Barba Larga narra a sus nietos hay advertencias sobre el poder y sus sutiles incrementos, y cómo estos pueden, si sobrepasan los límites tan difíciles de determinar, acabar destrozando todo el entramado social que tanto ha costado construir y preservar.

El “aislamiento social, preventivo y obligatorio”, como se lo denomina en Argentina, encuentra encaje en la Ley fundamental del país, de donde emergen los límites aceptables al poder. Hay quienes, sin fundamento jurídico, se han animado a llamarlo “arresto domiciliario”. Un disparate. Quizás Barba Larga, desde su amarga experiencia (porque su comunidad acabó disuelta), suspiraría que sin salud no puede haber existencia con vida digna. La dignidad vital para adquirir esa cualidad debe ser de una persona saludable, incluyendo su salud mental.

El virus puede haber provocado el cierre de muchas fronteras, pero no parece que haya, en general, destruido la solidaridad entre las personas (con excepciones, por cierto, pero eso

era de esperarse). Quizá se haya caído en la cuenta, finalmente, sobre aquello que London destaca en su cuento: la necesidad de la cooperación mutua entre las personas.

La demoníaca globalización (una realidad falaz que London no conoció pero seguramente hubiera repudiado), con su conocida ausencia de mutualidad, ha perdido la máscara. La peste ha demostrado cabalmente que el horizonte de proyección de la globalización derriba cualquier posibilidad de “bienestar general”.

La sociedad erigida por los cavernícolas de la narración de Jack London no sucumbió, a diferencia de las de otros de sus cuentos, ante el ataque de epidemias letales. Perekó frente al embate de otras plagas tanto o más despiadadas: la ambición desmedida, el ansia de enriquecimiento a partir de la explotación del prójimo, la falta de solidaridad esencial.

La globalización, la injusta división del trabajo y distribución de la riqueza son, también, verdaderas e inocultables pandemias. Lamentablemente, por ahora, no estamos inmunizados contra esas enfermedades.